

Recordatorio de Elena Evelson

Las muertes bruscas privan al hombre del tiempo necesario para vivir la propia muerte y, a quienes sobreviven, hacer su correspondiente tarea. El duelo se dificulta, se atasca.

Tal es el caso de Elena Evelson: su enfermedad y fin tan repentino nos ha dejado bajo un penoso efecto traumático, desconcertados. Parientes, amigos, pacientes y colegas hemos quedado en brevísimas semanas sin el lazo indispensable para cualquier posibilidad de elaboración.

Nace en la ciudad de Santa Fe y una vez recibida de Profesora en Letras, se traslada definitivamente a Buenos Aires donde al cabo de un tiempo se relaciona con Willy Baranger y Enrique Pichon Rivière. De su intercambio con ellos comienza su fascinación por el Psicoanálisis. Pronto ingresa a la clínica de Pichon en calidad de secretaria.

Efectúa su análisis con Heinrich Racker, supervisiones con Arminda Aberastury, Rebeca Alvarez de Toledo, José Bleger y muchos otros, pero su destino profesional ya estaba echado: sería Analista de Niños. A través de las teorías de Melanie Klein imperantes en su época, encuentra muchas respuestas y directivas técnicas que le resultarían reveladoras para el manejo y comprensión de su labor con los niños. En Londres, contacta con Melanie Klein quien, pese a haberse retirado, la recibe especialmente. Supervisa con ella y diversos analistas de la plana mayor kleiniana.

Tres fotos se destacaban en su refinado consultorio: Freud, Melanie Klein y Racker. Estas fueron sus figuras analíticas de identificación. Creo que no dejaron de resultarle maestros aunque tampoco dejó de discutir con estos interlocutores internos, ya que nunca claudicó de las propias convicciones analíticas. Una profunda captación, rapidez y sagacidad eran su don personal que no necesitó aprendizaje.

El talento para el análisis de niños también le facilitó la tarea con el de adultos. Este recorrido privilegiado es una experiencia clásica que muchos analistas de niños seguramente corroboran y que otros añoramos como una carencia en nuestra formación.

Sus dotes de analista la llevaron a escribir diversos trabajos sobre el tema a lo largo del ejercicio profesional y a dictar seminarios. Pero donde Elena descollaba era en brindar supervisiones a múltiples analistas de niños, hoy ya prestigiosos especialistas a su vez. En los últimos tiempos su dedicación al niño se centraba especialmente en la sutil tarea de diagnosticadora y orientadora tanto para niños y padres como para colegas que continuaban consultándola al respecto. La generosidad, otro rasgo característico en ella, confluía aquí en cauce natural con su saber.

Analista de alma aún en su estado, cuando Elena pudo recuperar la conciencia, dedicó su primer pensamiento a los pacientes, tema y preocupación de toda su vida. Pero éstos, sus queridos pacientes, vieron interrumpido el diálogo de un momento para otro.

Con los años, en el intimismo que brinda la amistad profunda, manteníamos largas charlas: poníamos en cuestión todas las dudas y reparos a nuestros respectivos Psicoanálisis en un intento de rescatar siempre nuevas maneras de pensar acerca de qué

RECORDATORIO DE ELENA EVELSON

hacíamos, cómo lo hacíamos y por qué lo hacíamos (y qué hubiéramos tenido que hacer). Pero nadie imaginaba que eran los últimos años, más bien parecían los primeros, o al menos sus nuevos años: los de la madurez profesional.

Sin duda, para muchos faltará una interlocutora tan lúcida e incorruptible, si cabe la dignidad de este término en épocas de tantas acechanzas, no sólo para el análisis.

Leonardo Wender